

e, incluso, de la generación del 14, para despacharlas rápidamente, pero que esconde, no siempre, pero a veces, una simplificación bastante rápida y una incapacidad de comprender desde dentro dichas obras si no es con las muletas de una "actual actualidad" —si se me permite el pleonismo para diferenciarla de la actualidad intempestiva, fuente de inspiraciones— frecuentemente confusa y miope.

2. Zambrano y Ayala ante El Quijote de Cervantes

Una aportación propia de nuestros dos intelectuales a la lectura de la gran novela cervantina es su aproximación histórica. Para ellos, en especial para Ayala, *El Quijote* dice más sobre la historia española que sobre el destino de España o su esencia intangible. Es gracias al exilio y, en particular, a la derrota de la República española que este "decir" pudo ser comprendido de manera preclara por ambos autores. Creo que ésta es una diferencia que comparten con respecto a otras lecturas realizadas por exiliados en las que el Quijote es visto como exiliado o como emblema de la nación republicana, refugiada y desperdigada por el mundo.

En Zambrano, la figura de Don Quijote "portadora del ancestral sueño de la libertad encadenada, manifiesta el conflicto de ser hombre en la historia, contra ella, a través de ella y aun más allá de ella" ("La ambigüedad de Don Quijote", 1947, *España, sueño y verdad*, en Zambrano 2011: 701). Estamos ante un Quijote que ni da la espalda a la historia, trascendiéndola, como en Unamuno, ni ante un Quijote que acepta las razones de la historia, como ella teme ver en Ortega. La imagen de una España, despegada de sus contingencias históricas, aparece, según ella, en el libro de Unamuno sobre *El Quijote*, o lo que es lo mismo, la idea de un sacrificio de España en pro de la eternidad. De forma paralela, la "razón histórica" en Ortega, de la que ya da ella, desde 1947, signos de distanciamiento, incitaba a aceptar la historia y a encontrar en ella la realidad y la razón. Esta tensión, antihistórica e histórica, se explicaba, a su entender, por "la ambigüedad múltiple del libro de Cervantes" consistente en que Don Quijote liberaba a los galeotes, a chicas "alegres", y a todo aquel que sufría una injusticia, pero que, al mismo tiempo, sea él mismo el que necesite ser liberado. Sostiene ella que "la libertad es su pasión" —y no olvidemos que María Zambrano en "La mirada de Cervantes" se estaba dirigiendo directa-

mente, en 1947, al Gobierno republicano en el exilio²². Esta idea iba aparentemente en la línea de las lecturas más convencionales que se estaban haciendo en el exilio, lecturas que subrayaban el carácter liberal del Quijote, su sed de justicia e incluso su anhelo de una edad de Oro, su apego a la libertad, su anticlericalismo declarado e incluso el elogio de la tolerancia religiosa en Alemania por parte de un "exiliado" morisco... Pero Zambrano sentenciaba al final de su conferencia en París, que "quizá nunca se haya escrito una obra más cerca de ser la Tragedia de la Libertad—nuestra Tragedia— que la ambigua historia del Caballero de la Mancha". Aquí parecía asumir los planteamientos unamunianos, pero en clave más claramente democrática que en el escritor vasco. En cualquier caso, el problema era saber cómo esa tragedia podía traducirse en solución política. No la daba ni la pretendía dar. Tan solo afirmaba, en conformidad con su proyecto de razón poética, que "sin alianza con la poesía, el pensamiento filosófico no podrá alcanzar el secreto supremo de la libertad terrestre, la fusión de la libertad con lo que parece ser su contrario: amor, obediencia"²³.

Posteriormente, Zambrano va a sacar partido de dos vetas en su exploración de la figura del Quijote. Por un lado, va a comparar la muerte del Quijote, y su transformación previa en Alonso Quijano, con la muerte de Carlos I de España y V de Alemania. Por otro lado, va a comparar al protagonista de la novela cervantina con algunos personajes femeninos de la novelística de Galdós. Para Zambrano, cuando el Quijote, a las puertas de su muerte, recobra su faz humana, por así decirlo, real, comparece ante la divinidad como hombre, bueno o malo, no como sueño histórico. Deja sus "andanzas históricas", abandona el sueño, para quedarse con "el obrar bien que no se pierde ni aun en sueños"²⁴. Estamos ante una curiosa trasposición de tonalidad

22 "Hoy, sábado, conferencia de María Zambrano" (Zambrano: 1947). "El acto será presidido por el Gobierno de la República". El encuadre estaba englobado, en la primera página, dentro de un artículo titulado: "El IV Centenario de Cervantes. Cómo el franquismo ha desnaturalizado la conmemoración".

23 En Zambrano, 1948 y en *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, n.º 3, Barcelona, p. 138. Traducción del francés por Carmen Revilla.

24 Recordemos que la cita de Calderón de la Barca: "Obrar bien que ni aun en sueños se pierde" encabeza el libro autobiográfico de María Zambrano, *Delirio y destino*, en Zambrano 2014: 5, y nota 3, p. 171. En otros libros la cita se parafrasea: "Vivir el tiempo como camino, para que no sólo el obrar bien ni aun en sueños se pierda, sino para soñar bien, para que el soñar sea camino de vida, de la que no acaba", en *Los sueños y el tiempo*, recogido en Zambrano 2011: 901.

barroca con clara referencia calderoniana. La sustancia humana del Quijote es la no histórica y la histórica un sueño. No estamos lejos de ese Alonso Quijano unamuniano que encarna el pueblo español derrotado en Cavite y que deja el testigo a Sancho, como se recordará, la encarnación del pueblo intrahistórico. Carlos V no era español mientras lo era tal, mientras era rey y se enzarzaba en lo que pronto será la Contrarreforma. Sólo será español cuando vuelva a ser hombre en Yuste²⁵. Así pues, la historia de España se había convertido en una novela, dirá ella al hablar de Galdós, como si aquella, "hubiera corrido la suerte de Don Quijote". Se diría que los personajes «reales», aun de novela, partiesen "de la experiencia de Don Quijote y, ávidos de realidad", no estuviesen dispuestos y aun rehuyesen "sacrificar la vida al ser. Para ellos la historia es la novelería que se niegan a vivir"²⁶. Don Quijote se había recluso en su naturaleza novelesca mientras que la propia historia española iba adquiriendo tonalidades quijotescas, delirios y quimeras perseguidas con el fracaso siempre a las puertas.

La lectura ayaliana de la obra de Cervantes se situaba, por el contrario, en unas coordenadas cercanas al historicismo, ya desde 1940. El Quijote era la plasmación de un "conflicto íntimo" entre una "conciencia disidente", la del escritor alcalaíno, y un proyecto de República cristiana universal, un proyecto contrarreformista, que, desde la derrota de la Armada invencible, sólo unas pocas conciencias lúcidas veían destinado al fracaso. "Cervantes acierta a plasmar su intuición de ese destino en una creación literaria" (Ayala 2004: 51). El *ethos* caballeresco del Quijote reflejaba su apego quimérico a los valores de la Edad Media en un momento en que la Modernidad europea empezaba a desecharlos. La Contrarreforma fue así "aquel empeño gigantesco y absurdo por preservar la unidad de la cultura católica frente a la disolución humanística".

²⁵ Véase M-265, p. 100. Las referencias veladas a la conmemoración del IV centenario de su muerte, en 1958, en la España franquista, pueden tal vez permitimos fechar aproximadamente este manuscrito dedicado a Unamuno: "¿Qué otra cosa hizo Carlos V, el Emperador, a quien ahora andan queriendo resucitar como César de nuestro Imperio, sombra que [¿prohíbe?] el actual Imperio español. Y no caen en la cuenta los que tal hacen, aunque se tienen por muy cristianos, que Carlos V, no fue jamás español como hombre de Estado, sino como hombre".

²⁶ En *La España de Galdós*, recogido en Zambrano 2011: 533. Notemos la importancia del concepto de "novelería" para su lectura de la obra de Galdós, el cual tiene también, desde una óptica diferente, un tratamiento especialmente incisivo en José Bergamín.

Querer hacer imperar el Espíritu sobre la Razón era abocarse al fracaso más estrepitoso.

El fracaso de esta empresa la convierte en la primera empresa quijotesca de España, y crea una fisura definitiva entre ella y el resto de Europa, al mismo tiempo que una fisura íntima en el espíritu de los españoles, abocados a aceptar dentro de ellos una doble y problemática vigencia cultural: la europea y la española ("Un destino y un héroe", 1940, *IQ*, 56-57).

Este análisis temprano de Ayala va a ser determinante en sus ensayos posteriores sobre España. Subrayemos este punto. Es gracias a la comprensión historicista del Quijote que el escritor granadino va a ir tomando conciencia del abismo que fue separando a España de la modernidad europea, pese a sus empeños continuados por desprenderse y liberarse de una configuración católica de lo político. La Contrarreforma fue, en verdad, «desvarío, locura insigne». Esa tozudez quijotesca fue «una obstinación fatal». Eso significaba «falsificar la vida proyectándola hacia atrás, marchar a contrapelo». El heroísmo de Don Quijote era «infecundo y un tanto ridículo, a pesar de la nobleza de sus principios»²⁷. «Se maneja con ideas, no con la realidad viva y jugosa»²⁸.

Por un lado, Ribadeneira es así concebido como el máximo representante del pensamiento político contrarreformista, baluarte español contra el maquiavelismo. La llegada de los Borbones no es más que un entarimado superficial colocado por encima de una estructura política, la de la monarquía hispánica, profundamente contrarreformista. El carlismo es, en el fondo, una reacción a los doceañistas que inician, a duras penas, su liberación del espíritu contrarreformista. Ayala insiste en varias ocasiones, con no pocas resonancias nietzscheanas, que este espíritu, históricamente hablando, no era más que una «actitud reactiva» (Ayala 1944: 127). En fin, la victoria de las diferentes fuerzas sociales y políticas que apoyan a Franco, en 1939, fue un último intento,

²⁷ Para Ayala, el pensamiento reaccionario español, en especial su máximo exponente, Donoso Cortés, estaría en la misma línea quijotesca pues "con una verdadera heroicidad intelectual, Donoso se niega al despeñadero: renuncia a ser moderno, a ser hombre de su tiempo, y abraza una causa perdida al aceptar el sistema de ideas que desde los albores de la Edad moderna había quedado fuera de vigor", en su "Estudio preliminar" (Ayala 1943: 15).

²⁸ Ayala 1944: 132 y en general todo el capítulo "La perspectiva hispánica", en especial pp. 119-144.

agónico, de llevar a cabo el proyecto contrarreformista. A estas alturas de la historia, sólo se podía poner en práctica con un derramamiento de sangre absolutamente inaudito (Ayala, 1965: 34 y 40).

Por otro lado, ya no desde una perspectiva histórica, sino individual, Ayala recalca que la locura del Quijote no fue «un mero recurso literario», sino «intuición profundísima de esa interior disociación que el escritor percibía en España a través de su alma: fiel a los principios del Medioevo dentro de un mundo en que nada tenían que hacer ya los libros de Caballerías»²⁹. En efecto, la Contrarreforma no fue sólo una separación de la monarquía hispánica con respecto a Europa, sino además una separación, un desgarramiento interno, en la conciencia de las mentes más lúcidas de España. Este desgarramiento era, ante todo y sobre todo, un desgarramiento moral entre unos valores ideales, pero inservibles, y unos valores de la transigencia, pero válidos y adecuados con el correr de los tiempos. Ayala apuntaba con finura: «los 'disidentes' han llevado siempre la Inquisición dentro; para ellos, se ha tratado siempre menos de un conflicto con autoridades exteriores que de un drama de conciencia» (Ayala 1944: 142).

Podemos sostener ahora que la lectura del *Quijote* en ambos autores es todo menos secundaria pues es a partir de ella que van avanzando en su propia evolución intelectual y es desde sus aporías y contradicciones, desde sus dificultades más pugnaces, que van abriéndose paso y proponiendo ideas y conceptos que serán fundamentales en todo su pensamiento. No podemos abarcar aquí todas las facetas y sutilezas de sus interpretaciones. Tan sólo quisiera apuntar muy brevemente dos cuestiones clave, antes de dar una conclusión provisional: en Zambrano la cuestión del ensueño en el Quijote y, en Ayala, la cuestión de la inmanencia moral de los problemas planteados por Cervantes.

La noción de ensueño en Zambrano es sumamente compleja y polivalente. Aquí sólo señalaremos aquellos rasgos que nos interesan para aquilatar la figura del Quijote en su pensamiento. Es una noción

²⁹ Ayala 1944: 143. Pero, los valores del Medioevo, ¿eran exactamente los mismos que los de la Contrarreforma? ¿Semejante paralelismo entre el Quijote y la Contrarreforma, a pesar de sus ricas y esclarecedoras intuiciones, es del todo legítimo? Ayala reconoce que la expulsión de los jesuitas significó intentar erradicar los valores más entusiastas de la Contrarreforma, pero no parece atribuir a la Compañía de Jesús ninguna aportación a la modernidad, lo que plantea numerosos problemas. ¿Era San Ignacio de Loyola una especie de Quijote, como sostiene Unamuno? Lo dudamos.

que aunque pueda detectarse puntualmente antes de la década de los 50, es a partir de estas fechas cuando empieza a cobrar pujanza hasta adquirir en los 60 una gran importancia. En su autobiografía, *Delirio y destino*, dice ella que «la historia es sueño; el sueño del hombre». A veces, como el 14 de abril del 31, un pueblo «despierta soñándose». Ya no es un «ensueño de la razón» sino un «sueño lúcido» (*Delirio y destino*, en Zambrano 2014: 31). Desde *El hombre y lo divino*, Zambrano sostiene que la «verdadera» historia de la humanidad no es tanto la de sus logros, sino «la de sus ensueños y desvaríos», la de sus persistentes delirios (*El hombre y lo divino*, «El delirio del superhombre», en Zambrano 2011: 195). Los ensueños se van aclarando a lo largo de la historia conforme se van produciendo víctimas sacrificiales de esos ensueños que iban encarnando. Nietzsche fue por ejemplo víctima de su delirio del superhombre. Las utopías son expresiones de ensueños del hombre (*Persona y democracia*, en Zambrano 2011: 400). En otro sentido, los totalitarismos —o como Zambrano prefiere llamarlos más frecuentemente, los absolutismos, aunque no sean lo mismo— son el fruto de un ensueño del hombre consigo mismo, de un endiosamiento. Felipe II encarnó un modo absolutista de concebir el reino de la religión católica. Su ensueño teocrático fue un «ingrediente esencial» de la modernidad (Zambrano 2011: 438). Así mismo, los pueblos tienen «sueños ancestrales» que los definen. Los ensueños originales están ligados al anhelo de la Edad de Oro. Como lo ha señalado Fernando Muñoz, el ensueño en Zambrano, en especial en *Los sueños y el tiempo*, tanto significa el esbozo de un despertar, una especie de sentimiento de sí mismo, corporal, «apenas humano», que nos va sacando del sopor («intimidad sin tiempo», «un querer despertar» dice ella), como alude a un soñar despierto, que puede engendrar las peores pesadillas, individuales y colectivas (*Los sueños y el tiempo*, «Presentación» en Zambrano 2011: 838 y 891).

En el capítulo, «La novela: «Don Quijote». La obra de Proust», Zambrano da un paso importante en su lectura de *El Quijote*. Su acercamiento a ciertas tesis de Unamuno y su alejamiento, paralelo, de las tesis mantenidas por Ortega, es notorio, si lo comparamos con lo que había mantenido a finales de los años 40. El Quijote no es un personaje de tragedia, como sostenía el escritor vasco, cierto; pero, toda tragedia como toda novela tiene un «centro» que es el protagonista. La diferencia es que el protagonista de una tragedia «se ignora a sí mismo», mientras que el de novela «se constituye en lo que pretende ser», a partir de la

novelería del personaje principal o, lo que es lo mismo, de su ensueño, de su “ensoñarse despierto”. Pero, al mismo tiempo, la propia novela es engendrada en la mente del autor por un sueño que se anhela, por un “primer despertar” que es el ensoñar en el primer sentido antes aludido. Esta es la razón de que la novela sea el género que mejor recoja “la ambigüedad de lo humano”. El personaje de la novela se encamina siempre en dirección del ensueño de su libertad aunque suela ser un “vencido”. Como no puede ser sacrificado, al no ser un personaje de tragedia, puede acaso sacrificarse, aunque añade ella que en este caso no es un verdadero sacrificio. Lo que le interesa ahora, en los años 60, del Quijote es su apertura de un horizonte conforme va actualizando su libertad pero, sobre todo, cuando el Caballero de la Triste Figura se pone en marcha al alba. Le llamaba la atención que el Quijote siempre se pusiese en ruta al alborar el día, cuando el día todavía es noche, cuando el tiempo se inicia, sin todavía empezar. Pues para Zambrano, “ante el alba, el hombre se encuentra consigo mismo y ante sí, en ese su ir desbordarse e ir a ocultarse; en esa su indecisa libertad semisoñada”³⁰. El Quijote al alba: en esta ecuación concentrada encuentra Zambrano el punto arquimideo de la condición humana, en su fragil soberanía, en su indecisión abierta al horizonte. Es el momento en que “al mismo tiempo que se representa [se ensueña] se borra, se desliza, se revela y llega a la máxima inocencia” (Zambrano 1989: 62). Este punto no es sólo punto genésico de la libertad sino también punto unitario de poesía y de logos, de música y de génesis figurativa. Es el centro que nunca hay que perder, allá donde se está vivo, (en el limen de la muerte), y allá donde se está viviente. Que “yo, Sancho, nací para vivir muriendo”, cita ella³¹.

³⁰ *El sueño creador*, recogido en Zambrano 2011: 1073. “La del alba sería...” es el fragmento de *El Quijote* que le llama especialmente la atención y que continúa así: “La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero...”, en el capítulo IV de la primera parte del *Don Quijote de la Mancha* (Cervantes 1995: 55). Es la alegría, la dicha del comenzar a emprender aventuras lo que le cautiva a Zambrano y no tanto las aventuras en tanto que tales o la voluntad de aventura, como en Ortega. Lo cierto es que frecuentemente, casi siempre, Don Quijote sale en busca de aventuras al alba: “Sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (...) salió al campo” (*op. cit.*, p. 41) y “al salir del alba, siguieron su camino...” (*op. cit.*, p. 775).

³¹ Zambrano 1986, p. 57. Cita extraída del capítulo 59 de la segunda parte del *Don Quijote de la Mancha*, *op. cit.*, p. 992.

En Ayala el problema de la libertad es también esencial, pero no desde una óptica cuasi ontológica, sino desde un punto de vista eminentemente moral. Ya en su artículo fundamental, “La invención del Quijote”, Ayala sostenía, en particular al hablar de las *Novelas ejemplares*, que la cuestión del pecado, de la recta conducta y de su expiación ocupaban siempre el “centro” de la obra cervantina. Ahora bien, Cervantes es un cristiano humanista, es decir, que ha interiorizado los moldes modernos de concebir y valorar lo humano, por lo que el castigo de las conductas no tanto pecaminosas sino erróneas del ser humano no proviene del Ser supremo sino de una “justicia immanente” (Ayala 2004: 87). Y casi veinte años más tarde, insistía en que la innovación fundamental de la novelística cervantina era la de encarnar “un escrutinio de la vida humana en busca de su sentido immanente” (“Nota sobre la novelística cervantina”, Ayala 2004: 225). Cervantes no aplica unas normas exteriores al comportamiento humano, sino que de la compasión profunda que merece éste, el autor imagina un castigo que deriva directamente de la culpa, inmanente a ésta (Ayala 2004: 226). En el escritor alcalaíno hay observación extremadamente fina de la realidad y compasión generosa hacia todos sus personajes. Gracias a esta “observación compasiva de la vida humana”, las novelas de Cervantes son “problemáticas” y lo son porque la realidad misma lo es también en último término. Así pues, “problematicidad” es una característica fundamental de su narrativa (“Todo ya en *El Quijote*. Conversación con Víctor García de la Concha”, 1991, en Ayala 2004: 29). El comportamiento de tal o tal otro personaje ante el Quijote es, no pocas veces, equívoco. ¿Se ríe de él? ¿Lo aprecia? ¿Siente vergüenza o curiosidad? El mismo Quijote, sobre todo en la segunda parte, dice cosas sensatas, cuerdas, incluso lúcidas, aunque puedan rezumar cierto patetismo, pero sus acciones no son las de un cuerdo, en verdad. En *El celoso extremeño*, “es toda reflexión preocupada acerca de la conducta humana: todo problema” (Ayala 2004: 156). En la historia intercalada de Cardenio, la “existencia es vivida como preocupación y sentida como problema” (Ayala 2004: 71). Es porque hay una multiplicidad de puntos de vista que la realidad se vuelve “problemática”. Esta es la “ambigüedad” de la postura cervantina (Ayala 2004: 31). Ayala no escribió un tratado de ética, pero sí podemos imaginarnos que a través de su lectura de Cervantes y a través de su propia obra narrativa, trató de construir un imaginario narrativo que diese cuenta de la problema-

ticidad inherente a una humanidad del siglo XX, teatro de todos los horrores, que se acercó, más que nunca, a la más cruda hoquedad.

3. La obra de Cervantes y su ambigüedad: un esbozo de conclusión

¿Ambigüedad de la obra cervantina o ambigüedad de la condición humana? Tal vez sean ambas. Este sería un punto de encuentro inesperado entre Ayala y Zambrano aunque lo que entiendan por ella sea diferente. La ambigüedad de la narrativa de Cervantes deriva seguramente para Ayala del "conflicto íntimo" que recorre todo hombre, conflicto agudizado en el siglo XX. Como liberal de hondas convicciones, creía en la insobornable e inalienable libertad del individuo humano, pero sabía también que el ansia de poder, la voluntad de poder, tal y como él interpretaba esta noción nietzscheana, metía al hombre en la negrura, en el pozo del sinsentido. De ahí que fuese sensible a todos estos aspectos tratados por su compatriota. Pensemos, por ejemplo, en "El túmulo" y en "El espacio barroco: Cervantes y Quevedo" (Ayala 2004: 166-186). Por su parte, la ambigüedad de la condición humana, de su libertad, cima de sus logros y posible despeñadero de sus esperanzas, se encontraba *in nuce* en el primer paso del Quijote, nada más salir el sol. Zambrano confió siempre en la capacidad de la humanidad de volver a ese punto original, de renacer, de acceder a un "sueño blanco", a ese "sueño sin ensueño" en el que Cervantes se instaló —quién sabe— después de terminar su obra³².

Bibliografía

- ABELLÁN, José Luis. *Los secretos de Cervantes y el exilio de don Quijote*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2006.
- ASCUNCE, José Ángel. *El Quijote como tragedia y la tragedia de don Quijote*. Kassel: Reichenberger, 2005.

³² Jesús Moreno Sanz ha insistido en varias ocasiones en la importancia del "sueño blanco", presente en el budismo, en el pensamiento de Zambrano. Véase Zambrano 2011: 641.

- AYALA, Francisco. "Estudio preliminar" al libro de Juan Donoso Cortés, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, de Donoso Cortés. Buenos Aires: Editorial Americalee, 1943.
- *Razón de mundo. Un examen de conciencia intelectual*. Buenos Aires: Losada, 1944.
- *España a la fecha*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1965.
- *El escritor y su imagen: (Ortega y Gasset, Azorín, Valle-Inclán, Antonio Machado)*. Madrid: Guadarrama, Punto Omega, 1975.
- *Recuerdos y olvidos*. Madrid: Alianza Editorial, Biblioteca de Autor, 2001.
- *La invención del Quijote*. Madrid: Punto de Lectura, 2004.
- "El hombre y la gente de Ortega". *El Cultural*, Madrid, 23 de febrero de 2006.
- CEREZO, Pedro. *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel, 1984.
- "Cervantes, el español "profundo y pobre", *Revista de Occidente*, Madrid, n° 288, mayo de 2005.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Planeta, edición de Martín de Riquer, 1995.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, José. *Prosas*, edición de Nigel Dennis. Madrid: Fundación Banco Santander, 2006.
- JUARISTI, Jon. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus, 2012.
- LASAGA, José. "La llave de la melancolía", en *Revista de Occidente*, Madrid, n° 288, mayo de 2005.
- ORTEGA Y GASSET, José. *Obras Completas, tomo I, (1902-1915)*. Madrid: Taurus/Fundación Ortega y Gasset, 2004.
- PÉREZ-BORBUJO, Fernando. *Tres miradas sobre el Quijote. Unamuno-Ortega-Zambrano*. Barcelona: Herder, 2010.
- TEJADA, Ricardo. «La metáfora del naufragio en Ortega y su pregnancia en algunos orteguianos», *Revista de Estudios Orteguianos*, 2003, Madrid, n° 7, pp. 139-172.
- «Le naufrage chez Ortega: naufrage ou victoire ironique de la métaphore?», *Les Langues Néolatines*, 2004, París, n° 329.
- UNAMUNO, Miguel de. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Catedra, 1988.

VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (ed.). *Francisco Ayala y las vanguardias*. Sevilla: Ediciones Alfar, 1998.

ZAMBRANO, María. "La mirada de Cervantes", *La Licorne*, n° III, Paris, automne 1948.

— *Claros del bosque*. Barcelona: Seix Barral, 1986

— *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

— *Notas de un método*. Madrid: Mondadori, 1989,

— *Unamuno*, edición de Mercedes Gómez Blesa. Barcelona: Debate, 2003.

— *Cervantes (Ensayos de crítica literaria)*. Málaga: Fundación Málaga, 2005.

— *Escritos sobre Ortega*, edición de Ricardo Tejada. Madrid: Trotta, 2008.

— *Obras Completas*, vol. III. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.

— *Obras Completas. Escritos autobiográficos*, vol. VI. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014.

— "Hoy, sábado, conferencia de María Zambrano" (artículo anónimo), *Política*, París, n° 31, año III, 25 de octubre de 1947.